

«Los libros y materiales de Charlie Campbell son excelentes... están muy bien pensados y escritos... No se los pierda, pues enriquecerán su mente, conmoverán su alma y bendecirán su corazón».

DR. ED HINDSON

Profesor distinguido de Religión en *Liberty University*

ENSEÑE Y PREDIQUE LA PALABRA DE DIOS

Pasos prácticos y sugerencias sabias
para sembrar la Palabra de Dios

CHARLIE H. CAMPBELL



EDITORIAL
PORTAVOZ

*«Cada día aborrezco más y más al diablo,
y he prometido que, si es posible, mediante la
predicación de la Palabra de Dios, me esforzaré
por socavar los cimientos de su reino».*

CHARLES HADDON SPURGEON

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Teaching and Preaching God's Word* © 2013 por Charles H. Campbell y publicado por The Always Be Ready Apologetics Ministry, P. O. Box 130342, Carlsbad, CA 92013. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Enseñe y predique la Palabra de Dios* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: José Luis Martínez
Revisión: Ismaela Vargas y Débora Vila

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

Las palabras de Charles Spurgeon mencionadas en la página anterior se tomaron de su sermón «Antídoto contra las artimañas de Satanás», predicado en 1858.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5618-3 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6413-3 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7930-4 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

*Dedicado con amor y gratitud
a todas las personas que Dios ha llamado,
está llamando, y llamará a «¡Predicar la Palabra!».*

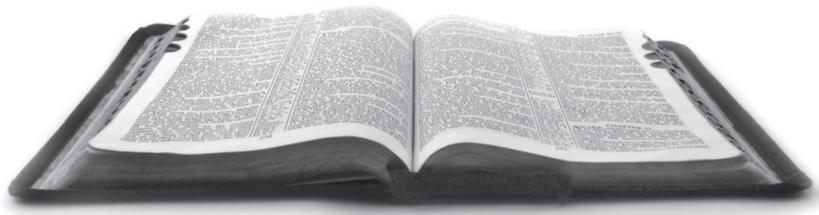
RECONOCIMIENTOS

Muchos hombres han ejercido un papel importante en la formación de las ideas de este libro, demasiados para que los enumere aquí; pero entre ellos destacan: Charles Spurgeon, G. Campbell Morgan, Martyn Lloyd-Jones, F. B. Meyer, Richard Baxter, Ray Stedman, Warren Wiersbe, Brian Brodersen, Greg Laurie, Chuck Smith, Alistair Begg, John MacArthur, Richard Mayhue, Haddon Robinson, John Stott, Bryan Chapell y Al Mohler. Sus artículos y libros sobre el tema de la predicación y el ejemplo de su vida fuera del púlpito han sido de gran beneficio para mí.

Estoy también muy agradecido a mi esposa Anastasia y a nuestros cinco hijos: Selah, Addison, Caden, Emerie y Ryland. Contar con su amor, apoyo, oraciones y ánimo mientras escribía estas páginas fue una bendición.

Mi más profunda gratitud es para mi gran Dios y Salvador, Jesucristo. Él me salvó y continúa sosteniéndome con su abundante gracia. Mi mayor bendición es conocerlo y darlo a conocer. Él es la razón de mi vida y de mis escritos, y es una bendición servirle.

CONTENIDO



Por qué escribí este libro	13
¿Ha sido usted dotado y llamado a enseñar?	17

El corazón y carácter del predicador 23

1. Cultive una relación profunda, personal y amorosa con el Señor.
2. Camine en santidad.
3. Ame a las personas a las que predica.
4. Acuda con frecuencia al trono de la gracia.
5. Confíe en el poder del Espíritu Santo.
6. Trabaje duro en la predicación y la enseñanza.

La preparación del sermón 37

7. Use la Palabra de Dios con reverencia y cuidado.
8. Estudie con diligencia la Palabra de Dios.
9. Empiece a estudiar para el siguiente mensaje tan pronto como pueda.
10. Sature su enseñanza con la Palabra de Dios.

11. Tome en cuenta la opción de enseñar versículo por versículo a través de libros completos de la Biblia en lugar de hacerlo por temas.
12. Evite dar por sentado que sus oyentes conocen de la Biblia más de lo que aparentan.
13. Plántese las seis grandes preguntas a medida que estudia y se prepara.
14. Considere la opción de seguir estos pasos que sugiero, mientras prepara un sermón.
15. Asegúrese de que los versículos que estudia (o cita) en verdad apoyan la enseñanza que quiere impartir interpretándolos correctamente en su propio contexto.
16. Dirija a las personas a Jesús.
17. Tome en cuenta que por lo general en toda reunión promedio están presentes al menos cinco tipos de personas.
18. Asegúrese de consultar varias traducciones de las Escrituras, mientras prepara su sermón.
19. Aclare las dificultades que aparezcan en el pasaje que enseña.
20. Compruebe sus conclusiones con fuentes confiables.
21. Evite enseñar a sus oyentes simplemente *qué* significa un pasaje; muéstreles *por qué* significa eso.
22. Tome en cuenta estos siete pasos como un posible marco de la entrega de su sermón.
23. Predique sobre un Dios grande.
24. Procure hacer hincapié en lo que *Dios* ha hecho por las personas, no en lo que las *personas* han hecho por Dios.
25. Sea preciso al citar estadísticas.
26. Sea exacto al referir historias.
27. Evite la aliteración al formular sus puntos.
28. No lleve a sus oyentes a una aparente excursión interminable por las páginas de toda la Biblia.
29. Recuerde que, donde las Escrituras no dicen nada, no es necesaria la especulación.
30. Sea cuidadoso con la frecuencia con la que se refiere al griego y al hebreo.

La preparación de la introducción 83

- 31. Logre introducciones interesantes, cortas y claras.
- 32. Prepare la introducción al final de su estudio.

La preparación de las ilustraciones 87

- 33. Utilice las ilustraciones con sabiduría.
- 34. Evite emplear reiteradamente sus ilustraciones favoritas.
- 35. Use ilustraciones que en verdad cumplan un propósito real.
- 36. Rehúse traicionar la confianza de alguien en aras de una ilustración.
- 37. Evite ilustraciones en las que usted termina siendo el héroe.
- 38. Utilice ilustraciones bíblicas siempre que sea posible.

La preparación de la aplicación 95

- 39. Exhorte a los que enseñan a que apliquen la Palabra a su propia situación y a que actúen.
- 40. Evite guardar siempre la aplicación para el final del mensaje.
- 41. Incluya regularmente instrucción, recordatorios y exhortación sobre el Espíritu Santo.

La preparación de la conclusión 103

- 42. Termine su enseñanza con una poderosa conclusión.

El descanso del predicador 107

- 43. Duerma bien la noche antes de enseñar.

La predicación del sermón 111

- 44. Sea consciente de que predica delante de Dios.
- 45. Predique para que Dios sea glorificado.
- 46. Procure que cuando suba al púlpito sus comentarios de entrada sean breves.
- 47. Evite, cuando empiece su enseñanza, sentir la necesidad de repasar siempre su mensaje anterior.

48. Predique la Palabra con confianza y autoridad.
49. Hable directamente a las personas que enseña, no descuide la palabra «usted».
50. Predique con pasión.
51. Predique en el tiempo presente.
52. Procure hablar lo suficientemente claro para que no lo malentiendan.
53. Predique de forma apologética; contienda por la fe.
54. Hable sobre los temas importantes de la actualidad.
55. Predique el evangelio y consérvelo bíblico.
56. Hable para persuadir.
57. Ayude a sus oyentes a entender *por qué* Dios requiere una acción en particular.
58. Repita las ideas importantes.
59. Honre a su cónyuge y familia en el púlpito.
60. Use el humor con prudencia.
61. Cuídese de no extender demasiado su enseñanza.

***El lenguaje corporal del predicador* 149**

62. Procure mantener contacto visual con sus oyentes, mientras enseña.
63. Evite usar en el púlpito lenguaje corporal que distraiga.

***El predicador después del sermón* 155**

64. Rechace juzgarse a sí mismo por los elogios o la falta de estos.
65. Encuentre a alguien que le ofrezca sugerencias y críticas constructivas.
66. Recuerde que su predicación continúa después de que se haya bajado del púlpito.
67. Sea paciente mientras germina la Palabra de Dios.
68. Pase tiempo con otros maestros.
69. Expóngase a sí mismo a la predicación extraordinaria.
70. Resístase a imitar los gestos y dichos de los maestros populares; sea usted mismo.

- 71. Recuerde que el éxito de la predicación se halla en agradar a Dios, no en alcanzar grandes cifras.
- 72. Dese cuenta de que posiblemente nunca sentirá que ha llegado a ser un maestro y, si así lo sintiera, es probable que ya sea hora de retirarse.
- 73. Cuide su relación con el Señor.

Las herramientas y recursos tecnológicos del predicador 171

- 74. Invierta en una buena biblioteca, si se lo permiten sus finanzas.
- 75. Benefíciense del *software* de estudio bíblico.
- 76. Grabe sus enseñanzas.
- 77. Si usa PowerPoint o Keynote, utilícelos con sensatez.
- 78. Mantenga un buen sistema de archivo de ilustraciones y otra información de valor.

Conclusión 179

Apéndice: Lista de chequeo para evaluar el sermón 181

Recursos recomendados 185

Acerca del autor 187

POR QUÉ ESCRIBÍ ESTE LIBRO

No conozco, en este lado de la eternidad, ninguna bendición más grande que un hombre se ponga de pie semana tras semana con la Palabra de Dios en sus manos y el Espíritu de Dios en su corazón para proclamar la verdad de Dios en la vida del pueblo de Dios. ¡Qué bendición es escudriñar en profundidad su Palabra y luego llevar esos descubrimientos, esos tesoros extraídos, al púlpito para que el Creador del universo los comunique al pueblo!

Durante los últimos veinte años, Dios me ha bendecido con este privilegio maravilloso. Lo disfruto mucho. Pero, por supuesto —y estoy seguro de que voy a escuchar un amén muy sincero de aquellas personas que predicán regularmente—, no es tarea fácil. Algunos predicadores hacen que parezca sencilla, pero todos los que la hemos llevado a cabo sabemos que no lo es. La enseñanza de la Palabra de Dios es un ministerio exigente por diversas razones.

Sabiendo que así es, todos los años docenas de personas que se sienten llamadas a enseñar la Palabra de Dios o que son nuevas en esa labor, me hacen esta pregunta:

¿Qué consejo o recomendación le daría a alguien como yo en relación con la preparación y enseñanza de un sermón?

No me hacen esta pregunta porque me consideren un gran predicador. Estoy seguro de que esa no es la razón. Creo que solo desean hablar con alguien que lleva enseñando más tiempo que ellos con la esperanza de recibir algún consejo útil y palabras de ánimo.

Me encanta que me hagan esta pregunta por un par de razones. Primera, es una bendición ver que Dios está levantando nuevos obreros para llevar a cabo la Gran Comisión (Mt. 28:19). Cada generación necesita una nueva ola de maestros para llenar las filas de los que se han ido al cielo, se han trasladado a otros ministerios, o vieron naufragar su ministerio por una u otra causa. También existe la necesidad de maestros que lleven la Palabra de Dios a zonas donde existe gran carencia de buena predicación. Escuchar la pregunta anterior me recuerda que Dios *está* levantando obreros. Y nosotros podemos alabarlo por eso.

Segunda, me gusta la humildad que se requiere para hacer esa pregunta. El orgullo, enemigo siniestro de una predicación sobresaliente, susurra: «No pidas ayuda. ¡Ya eres genial!». Se precisa humildad para pedir consejo y ayuda. La persona que busca consejo o ánimo para la predicación se da cuenta de que todavía no ha llegado a ser maestro. Entiende que tiene oportunidad de crecer y mejorar —igual que todos—. Dios ama este tipo de humildad. «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Stg. 4:6).

Así, pues, me encanta hablar con otras personas acerca de la predicación, no solo porque les transmito algo de lo que he aprendido y en lo que he reflexionado a lo largo de los años, sino porque lo usual es que yo también termino recibiendo algo de la otra persona. «El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con el hombre» (Pr. 27:17, NVI). Lamentablemente, por lo general solo conseguimos hablar unos minutos antes que alguien se acerque con otra pregunta, suene un teléfono celular, o se haya terminado el almuerzo, etc. La persistencia de esta pregunta es una de las razones por las que decidí escribir este libro.

Para ser franco, cuando me lancé a escribir este libro lo hice con cierto temor. ¿Qué hombre en su sano juicio se pone a escribir un libro sobre predicación? ¿Quién soy yo para compartir mis pensamientos, ideas y consejos sobre predicación con otros pastores y maestros? Quiero decir que entiendo por qué Charles Spurgeon, Warren Wiersbe, Martyn Lloyd-Jones, Alistair Begg y otros decidieron escribir libros sobre el tema. ¿Pero *yo*? ¿Acaso no sé que la mayoría de los pastores y maestros están demasiado ocupados preparando sermones como para dedicarse a leer un libro acerca de la preparación y predicación de sermones?

Preguntas de esa naturaleza probablemente hayan matado infinidad

de libros sobre este tema antes de que sus autores se animaran a escribirlos. Esas preguntas me acosaron como una jauría de perros salvajes durante meses cuando yo oraba y pensaba en escribir este libro. Pero ¿qué va a hacer un hombre que lleva la carga en su corazón de escribir sobre estas cosas? Decidí poner mi mano en el arado, empezar con la tarea y dejar que Dios lidiara con los perros. El libro que tiene en sus manos es el resultado.

En las páginas que siguen encontrará docenas de sugerencias, ideas y exhortaciones concisas y palabras de aliento para la preparación y la predicación de sermones.

Cada capítulo es completo en sí mismo. Es decir, son independientes unos de otros. Usted no tiene que comprender un concepto en un capítulo anterior para entender algo en los que continúan. Esto significa que puede leer el libro en el orden que quiera. De hecho, la primera vez que escribí los diferentes capítulos, seguí un orden completamente aleatorio, a medida que determinados temas me venían a la mente. Y casi los dejé en el libro de esa manera. Fue cerca del final cuando, al establecer el índice del contenido, decidí disponer los capítulos en un orden determinado. Lo hice así con la esperanza de que fuera de mayor beneficio para el lector, pero incluso ahora, mientras escribo estas líneas, me pregunto si el libro no resultaría más divertido si la lectura de cada capítulo fuera por completo ajena al anterior y al siguiente. Sea como sea, lo animo a leer todo el libro, pero no dude en consultar el índice de contenido y buscar los capítulos que considere de más provecho, y esos léalos primero.

A propósito, escribí los capítulos de forma concisa con la esperanza de que al lector ocupado se le volviera más fácil digerir el contenido del libro a bocados pequeños.

En cualquier caso, mi estimado amigo, ruego a Dios que tenga a bien utilizar este libro para ayudarle a usted mientras permanece con el pueblo del Señor y lo alimenta durante su peregrinación hacia el cielo.

Charlie Campbell
6 de marzo de 2013
Carlsbad, California

¿HA SIDO USTED DOTADO Y LLAMADO A ENSEÑAR?

Todos los cristianos deberían buscar oportunidades para enseñar a las personas las Escrituras y hacer discípulos (Dt. 6:7; Mt. 28:19-20). Al escribir a los creyentes en Colosas, el apóstol Pablo los exhortó:

La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, *enseñándoos* y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Col. 3:16).

Por tanto, todos los creyentes deben ser maestros en algún sentido, ministrando la Palabra de Dios «unos a otros» dentro del cuerpo de Cristo, a nuestras familias, en nuestra esfera de influencia, etc. No obstante, Dios ha bendecido a la iglesia con ciertos individuos que Él ha *dotado* específicamente para que sean maestros. La Biblia afirma:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y *maestros*, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Ef. 4:11-12).

Dios ha dotado y llamado a ciertas personas para que preparen a los santos (los redimidos) para la obra del ministerio. Estos a menudo son los pastores, los maestros de escuela dominical, los líderes de grupos pequeños que se reúnen en casas, líderes de ministerios para la mujer, etc., dentro de la iglesia.

Una pregunta que con frecuencia asoma a la mente de aquellos que piensan que quizá hayan sido llamados a ser uno de estos maestros es:

¿Cómo puede una persona discernir si ha sido nombrada (llamada por Dios) para este tipo de ministerio de enseñanza?¹

Tal vez usted ha hecho esa pregunta.

Cuando una persona me la plantea, me gusta responderle con tres preguntas con el fin de ayudarla a descubrir la dirección en la que Dios quizá la esté llevando. Creo que sus respuestas a menudo son muy reveladoras en cuanto a si Dios la está llamando o no a una función docente. Estas son las preguntas:

- ¿Siente un fuerte *deseo* de enseñar?
- ¿Se siente *dotado* para enseñar?
- Después de que usted enseña, ¿el pueblo de Dios responde de una forma *alentadora*? (¿El pueblo de Dios da evidencias de haber quedado genuinamente agradecido y bendecido por su enseñanza?)

Las que siguen son las razones por las que planteo estas preguntas específicas.

1. ¿Siente un fuerte deseo de enseñar?

Una de las maneras en que Dios nos dirige a cumplir su voluntad en nuestra vida es plantando sus deseos en nuestro corazón. El salmista exhortó: «Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las *peticiones*

¹ A lo largo de este libro me refiero a los maestros de la Palabra de Dios con pronombres masculinos. Bajo ningún concepto pretendo disminuir la importancia del papel que desempeña la mujer en el cuerpo de Cristo enseñando a las mujeres y los niños (Tit. 2:3-4). Confío en que muchas mujeres que enseñan la Biblia puedan encontrar ánimo y ayuda en las páginas de este libro.

de tu corazón» (Sal. 37:4). La Biblia señala que Dios es el que «en vosotros produce así el *querer* como el hacer por su buena voluntad» (Fil. 2:13).

Si usted siente el deseo de enseñar la Palabra de Dios a los demás —si siente carga por el bienestar del pueblo de Dios— si su corazón anhela abrir la Palabra de Dios y aconsejar a otros con su verdad, si siente que *debe* enseñar, esa es una buena indicación de que Dios lo ha llamado a enseñar.

Jeremías expresó: «Su palabra en mi interior se vuelve un fuego ardiente que me cala hasta los huesos. He hecho todo lo posible por contenerla pero ya no puedo más» (Jer. 20:9, NVI). En otras palabras, Jeremías confesó: «*Tenía* que dar a conocer su Palabra. No podía permanecer en silencio».

Si usted siente ese tipo de deseo, es bastante seguro asumir que Dios lo plantó en su corazón. El hombre natural no tiene esos deseos y el creyente carnal tampoco los tiene. Por lo general, quien siente esos deseos es el creyente que está siendo guiado por el Espíritu Santo hacia la enseñanza. En cualquier caso, si usted siente el deseo de enseñar, es el momento de empezar a orar y pedir al Señor sabiduría con respecto a qué hacer con ese deseo.

2. ¿Se siente dotado para enseñar?

Creo que cuando Dios llama a una persona para enseñar, Él le concede el don de la enseñanza. El apóstol Pedro escribió:

Cada uno según el don que ha *recibido*, *minístrelo* a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios (1 P. 4:10-11a).

El ministerio de glorificar a Dios se cumple cuando las personas usan los dones que Dios les dio para bendecir a otros. La verdadera prueba de que una persona ha sido llamada a enseñar se verá cuando muestre su *capacidad* para enseñar. Pablo exhortó:

Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean *idóneos para enseñar* también a otros (2 Ti. 2:2).

Pablo continúa instruyendo en ese mismo capítulo:

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, *apto para enseñar*, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen (2 Ti. 2:24-25a).

Y de nuevo Pablo le advierte a Timoteo:

Pero es necesario que el obispo sea irrepreensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, *apto para enseñar* (1 Ti. 3:2).

¿Cómo podemos determinar si una persona es «apta para enseñar»? En pocas palabras, cuando alguien es capaz de enseñar, la audiencia saldrá del tiempo de enseñanza *entendiendo* qué significa la Palabra de Dios y cómo aplicarla a su vida. Esto no quiere decir que la persona llamada a enseñar se convertirá en un maestro excepcional el primer o segundo año que enseñe, pero su capacidad para enseñar debe *progresar* (1 Ti. 4:13-15).

3. Después de que usted enseña, ¿el pueblo de Dios responde de una forma alentadora?

Lo pregunto porque, cuando una persona ha sido dotada para enseñar, el pueblo de Dios, al menos algunos de ellos, se unirán para apoyar al buen maestro con gratitud y fomentarán la retroalimentación. Ellos saben que un buen maestro es un gran don (Ef. 4:11) para una comunidad de creyentes y no quieren que se detenga o que abandone prematuramente la tarea.

Si usted ya está enseñando en algún lugar, pero se cuestiona si en verdad ha sido *llamado* a un ministerio de enseñanza, debería examinar lo que sucede en el sitio donde enseña. Es posible que no esté llamado a enseñar si:

- Las visitas nuevas solo se presentan un par de veces y luego reservadamente desaparecen²

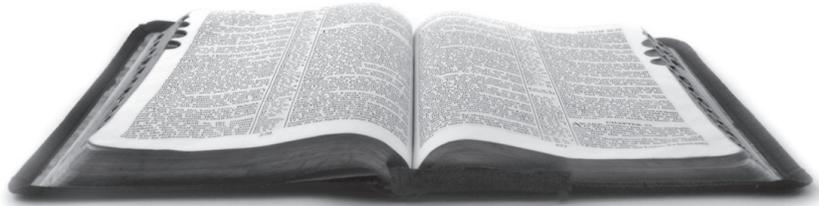
² Por supuesto, existen muchas razones por las que las visitas nuevas no se quedan. Quizá vengan de fuera de la ciudad. Tal vez no les guste la forma de adorar, la decoración del templo, los asientos incómodos, la temperatura del local, etcétera. Pero la gente suele tolerar un buen número de deficiencias si la enseñanza es buena.

- Nadie le obsequia comentarios positivos después de su enseñanza
- Nadie le anima a seguir enseñando

Si estas tres situaciones describen lo que continuamente sucede cuando usted enseña, lo animo a que acompañado de amigos sinceros y fieles converse y ore a Dios para discernir si en realidad Él lo ha llamado o no a un ministerio de enseñanza. Tal vez lo haya hecho, pero usted ha comenzado a ejercitar su don a un paso un poco lento. La otra posibilidad es que Dios no lo haya llamado al ministerio de enseñanza y haya preparado algo que usted deba cumplir. Además del ministerio docente, existen otras formas muy diversas de servir en la iglesia hoy día.

Si usted cree que Dios lo ha llamado a enseñar, por favor, siga leyendo.

EL CORAZÓN Y EL CARÁCTER DEL PREDICADOR



1. Cultive una relación profunda, personal y amorosa con el Señor.

*«La buena predicación comienza con una profunda relación con Dios. Es imposible que un predicador pueda compensar una relación que se ha enfriado, “porque de la abundancia del corazón habla la boca”».*³

J. KENT EDWARDS

La más alta prioridad de todo aquel que quiera enseñar la Palabra de Dios al pueblo del Señor es conocer y amar a Dios de manera personal, íntima y profunda. Él advierte:

No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto

³ J. Kent Edwards, *Deep Preaching* (Nashville, Tenn.: Broadman & Holman Academic, 2009), p. 44.

el que se hubiere de alabar: en *entenderme* y *conocerme*, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová (Jer. 9:23b-24).

La sabiduría en la enseñanza es importante, así como también la fortaleza, pues predicar requiere gran esfuerzo. Pero nada es tan importante como conocer y amar a Dios (Jn. 17:3; Mr. 12:28-30). El apóstol Pablo confiesa:

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del *conocimiento* de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Fil. 3:8).

Pablo juzgó que todo lo que los hombres consideran como valioso carecía de valor en comparación con el conocimiento de Jesús. Por eso, para Pablo resultaba vital conocer al Señor. Y debe serlo para nosotros también.

Antes que ser un predicador, maestro o siervo en cualquier capacidad *para* el Rey, usted es un hijo —un hijo adoptivo— *del* Rey (Gá. 4:5; Ef. 1:5).⁴ ¡Él lo adoptó! Y lo ama. Ante todo, Su preocupación principal no es por el ministerio de usted o su servicio, sino que se interesa en *usted*. Él quiere tener una relación personal con usted. Desea reunirse con frecuencia con usted y cenar juntos (Ap. 3:20). Él anhela saber qué guarda en su corazón (Pr. 15:8; 1 P. 5:7). Y, como su Padre amoroso, desea animarlo, enseñarlo y guiarlo. Él lo creó para eso mismo, para que lo conozca y disfrute de Él ahora y por toda la eternidad (Jn. 17:3).

Por tanto, antes de darle cualquier consejo práctico sobre enseñar, lo exhorto, mi hermano y compañero, a que ¡conozca bien a su Padre! Dedique tiempo a diario a meditar en las Escrituras. Reflexione sobre ellas y ore a Dios acerca de ellas con acción de gracias, alabanza y la determinación de obedecer; no para preparar sermones. Eso puede ocurrir más adelante en el día. Me estoy refiriendo a su propio tiempo de quietud que con regularidad celebra con el Señor. Durante ese tiempo

⁴ Doy por sentado que todos los lectores de este libro han recibido el perdón de sus pecados, han nacido de nuevo y viven reconciliados con Dios.

con las Escrituras, usted no le pide a Dios: «¿Qué quieres que le diga a la congregación?». Le pregunta a Dios: «¿Qué quieres enseñarme a mí?». Porque, como un hijo, su tiempo a solas con su Padre *no debe usarlo para preparar* el próximo sermón que va a predicar. Use ese momento para bendecir a Dios y disfrutar de Él para su propio beneficio, su propia edificación.

Ahora, eso no quiere decir que conocer a Dios en profundidad no dejará sus huellas en sus sermones. Sin duda, lo hará. Las personas que conocen bien a Dios terminan siendo los mejores maestros. Piense en eso. ¿Prefiere escuchar una conferencia sobre el presidente Ronald Reagan dictada por alguien que haya leído un par de libros sobre él o por alguien que en verdad lo conoció en persona, alguien que vivió con él, comió con él, e incluso fue su hijo adoptivo?⁵ No sé en cuanto a usted, pero en cuanto a mí, prefiero escuchar a la persona que conoció a «Ronnie» personalmente.

Creo que lo mismo se aplica al pueblo de Dios que tiene hambre de conocer al Señor. Ellos quieren escuchar a alguien que conoce a Dios profunda y personalmente, alguien cuya relación con el Señor sea más que académica. Es una relación genuina. Es profunda. Es rica. Es personal. Y eso se nota cuando se para frente al púlpito.

El pueblo de Dios se siente atraído por ese tipo de maestros. Y, para el predicador que se acerca regularmente a Dios y lo conoce de esa manera, la predicación no es monotonía; es gozo. Él no habla a los oyentes acerca de una deidad remota; les da a conocer la verdad sobre su «¡Abba!, ¡Padre!» (Ro. 8:15). Él es capaz de comunicar a la congregación lo que enseñan las Escrituras (porque ha estudiado debidamente el pasaje), pero también es capaz de compartir la abundancia de lo obtenido a lo largo de los años en sus momentos íntimos de meditación en la Palabra (Mt. 13:52). Él puede compartir de su propio cofre el tesoro insondable de lo que Dios le ha revelado en sus momentos de meditación en la Palabra. Y el pueblo de Dios se empapa por completo y obtiene mucho beneficio.

Así que, amigo, acérquese al Señor. Conózcalo bien.

⁵ Michael Reagan es el hijo adoptivo del fallecido Ronald Reagan. Con frecuencia habla en público acerca de su padre.

2. Camine en santidad.

«Sino, como aquel que os llamó es santo,
sed también vosotros santos
en toda vuestra manera de vivir».

1 PEDRO 1:15

Si conocer y amar a Dios es de suma importancia para la vida del predicador,⁶ la santidad está ahí, muy cerca de la cabeza de la lista. Estoy de acuerdo con E. M. Bounds, que declaró:

Lo que Dios necesita no es un gran talento o grandes estudios o grandes predicadores, sino hombres grandes en *santidad*, grandes en fe, en amor, y en fidelidad, grandes para Dios —hombres capaces de predicar sermones de *santidad* en el púlpito porque viven vidas *santas* fuera de él—. Ellos son capaces de moldear una generación para Dios.⁷

Estos hombres —«hombres grandes en santidad»— pueden moldear una generación para Dios. Si usted no es un hombre de Dios, se le va a volver difícil pararse delante del pueblo de Dios para predicarle su Palabra. Robert Murray M'Cheyne, influyente predicador escocés del siglo XIX, expresó: «La mayor necesidad de mi pueblo es mi santidad personal».⁸ Tiene razón. No existe una manera más rápida para debilitar o hundir su ministerio de enseñanza que transigir con el pecado. ¿Por qué el pecado perjudica tanto la capacidad para enseñar de un predicador? El pecado:

- Entristece al Espíritu Santo (Ef. 4:30)
- Le produce sentimientos de vergüenza (Ro. 6:21)
- Lo priva del gozo de la salvación (Sal. 51:12)
- Empobrece su comunión con el Señor (1 Jn. 1:7)
- Causa dolor (Pr. 22:8; Sal. 118:15a)

⁶ Véase el capítulo 1.

⁷ E. M. Bounds, *Power through Prayer* (Chicago: Moody Press, 1979), p. 14.

⁸ Mcheyne.info/quotes.php

- Multiplica sus problemas (Pr. 11:27)
- Lo conduce a más pecado (Ro. 6:19)
- Dishonra a Dios (1 Co. 6:19-20)
- Estorba su vida de oración (1 P. 3:7, 12)
- Hace que su vida espiritual carezca de poder (1 Co. 9:27)
- Frena la llegada de las cosas buenas de Dios (Jer. 5:25)
- Estorba su crecimiento espiritual (1 Co. 3:1)
- Le acarrea castigo del Señor (He. 12:5-7)
- Anula su capacidad de ser un vaso apto para el uso del Señor (2 Ti. 2:21)
- Contamina su compañerismo cristiano (1 Co. 10:21)
- Impide que participe debidamente de la Cena del Señor (1 Co. 11:28-29)
- Lo lleva a la corrupción (Ro. 6:21; Gá. 6:7-8)
- Expone al peligro su vida y salud física (1 Co. 11:30; 1 Jn. 5:16)⁹

No es de extrañar que Pedro haya exigido: «sed santos... en toda vuestra manera de vivir» (1 P. 1:15). El precio del pecado es más alto de lo que usted desea pagar.

Así, pues, dé prioridad a la santidad. Tenga cuidado con lo que permite entrar en su casa y en su mente. Sea cuidadoso con las amistades que cultiva. Instale, en su computadora, tableta electrónica y en su teléfono celular, un *software* que bloquee o controle el acceso a páginas de la Internet de dudosa reputación. Ore por una vida santa y victoriosa. Ore por santificación. Pida a Dios que lo libre de caer en las trampas que el diablo le pueda tender. Sea un vaso de honra, un vaso al que Dios encuentre continuamente útil para Él. Pablo exhortó:

Así que, si *alguno se limpia* de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, *útil al Señor*, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia,

⁹ Muchos de estos se adaptaron de «Romanos 7:14-25»: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Romanos 1—8* (Grand Rapids, Mich.: Editorial Portavoz, 2010) pp. 423-440.

la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor (2 Ti. 2:21-22).

¿Quiere ser útil al Señor? Camine en santidad.

3. Ame a las personas a las que predica.

*«Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida,
en que amamos a los hermanos».*

1 JUAN 3:14

Cuando George Pentecost terminó un discurso en la ciudad de Edimburgo, Horatius Bonar apoyó su mano sobre su hombro y le dijo:

—Te gusta predicarles a los hombres, ¿no es cierto?

Y el doctor Pentecost respondió:

—Sí.

Entonces el señor Bonar volvió a preguntar:

—¿Amas a los hombres a quienes les predicas?¹⁰

Amar predicar es una cosa, pero amar a aquellos a los que se les predica es otra muy distinta.

Algunos maestros terminan amando la lectura, el estudio, la enseñanza y el ministerio más de lo que aman al pueblo. Eso no debería suceder.

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy (1 Co. 13:1-2).

La principal motivación para leer, estudiar y preparar sermones debería ser nuestro amor por Dios y por la gente. Nuestro amor por las personas nos lleva a querer lo mejor para ellas. Y creemos que enseñarles la Palabra de Dios las guiará hacia una vida más perfecta, una vida que glorificará a Cristo y las llevará a recibir lo mejor de Dios. Por tanto, *esa*

¹⁰ *Illustrations of Bible Truths*, compilado por Ruth Peters, QuickVerse.

es la razón por la que leemos, estudiamos y preparamos sermones. Dios no permita que desordenemos nuestras prioridades ni tengamos más amor por el estudio y el desarrollo del sermón que por el Salvador y los santos para quienes preparamos los sermones. Estoy de acuerdo con Wallace Benn, que señala:

Mi preocupación es que los predicadores tienen poco contacto pastoral con las personas comunes, salvo en casos de emergencia... En efecto, debemos admitir con sinceridad que, al parecer, a algunos predicadores no les gusta mucho relacionarse con el pueblo. Esquivan el contacto con la gente, y a veces se justifican explicando que creen en la prioridad de la predicación... Yo creo apasionadamente en la prioridad de la predicación, pero esa pasión no debe usarse para alejarnos de la relación con las personas.¹¹

Como ha sido llamado por Dios para enseñar su Palabra, lo animo a que:

- Cultive la relación con aquellas personas a quienes enseña
- Hable con ellas después de la enseñanza
- Procure conocerlas
- Sea parte de su vida
- Averigüe cómo les va en su vida
- Visítelas en el hospital
- Coman juntos de vez en cuando
- Escúchelas cuando le hablen de sus luchas
- Ore por ellas mientras se reúnen¹²

Pasar tiempo con las ovejas no solo las beneficiará a ellas, sino también favorecerá su predicación. Será mucho más fácil conocer las preguntas, necesidades, luchas y desafíos de sus oyentes cuando usted se relacione con su rebaño.

¹¹ Wallace Benn, «Preaching with a Pastor's Heart: Richard Baxter's *The Reformed Pastor*» en *Preach the Word: Essays on Expository Preaching in Honor of R. Kent Hughes* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2007), p. 134.

¹² No solo diga: «Oraré por ustedes». ¡Ore por ellos ahí mismo!

4. Acuda con frecuencia al trono de la gracia.

*«¡Qué poco tiempo pasa el cristiano promedio en oración! Estamos demasiado ocupados para orar, y, por tanto, estamos demasiado ocupados para tener poder. Tenemos mucha actividad, pero logramos poco; muchos cultos, pero pocas conversiones; mucha maquinaria, pero pocos resultados».*¹³

R. A. TORREY

Preparar sermones y predicar no es tarea fácil. Es muy temerario lanzarse a la tarea de estudiar y preparar un sermón sin antes haber buscado humildemente la ayuda de Dios. Sin duda alguna, este trabajo necesita la bendición de Dios si es que vamos a hacerlo bien y para su gloria. El camino para acceder a la ayuda que Dios quiere ofrecernos es la oración. Las Escrituras están llenas de estímulo para orar.

- Abraham oró, y Dios sanó a Abimelec y las mujeres pudieron tener hijos (Gn. 20:17)
- Moisés oró, y Dios suspendió su juicio contra Israel (Nm. 14)
- Josué oró, y el sol se detuvo (Jos. 10)
- Ana oró, y engendró hijos (1 S. 1:11-20)
- Elías oró, y dejó de llover por tres años y medio (1 R. 17—18)
- Ezequías oró, y se le añadieron quince años a su vida (2 R. 20:1-6)
- Zacarías y Elisabet oraron, y Juan fue concebido (Lc. 1:13)

¹³ Rueben Archer Torrey, *How to Obtain Fullness of Power in Christian Life and Service* [Cómo obtener la plenitud del poder en la vida y en el servicio] (Wheaton, Ill.: Sword of the Lord Publishers, 1897), p. 81. Publicado en español por Casa Bautista de Publicaciones.

- Jesús oró por Pedro para que la fe no le faltara, y Pedro dirigió la iglesia primitiva (Lc. 22:32)
- La iglesia oró por valentía ante las amenazas del Sanedrín, y el Espíritu Santo los fortaleció para que hablaran «con denuedo la palabra de Dios» (Hch. 4:31)
- La iglesia oró, y Dios liberó a Pedro de la cárcel (Hch. 12:5)

Estos son recordatorios alentadores de que, en efecto, «la oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16). Por tanto, ore por su tiempo de estudio. Ore por el rebaño. Ore por usted mismo. Ore por la enseñanza. «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (He. 4:16).

5. Confíe en el poder del Espíritu Santo.

«Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios».

HECHOS 4:31

Richard Baxter, pastor apreciado y teólogo puritano del siglo XVII, advirtió:

Nuestro trabajo requiere gran habilidad y, sobre todo, una vida y celo superiores a lo que cualquiera de nosotros lleva consigo. No es poca cosa pararse frente a una congregación y entregar un mensaje de salvación o condenación de parte del Dios vivo, en el nombre del Redentor. No es cosa fácil hablar tan sencilla y claramente que los más ignorantes nos puedan entender; y con tanta seriedad que los corazones más endurecidos nos puedan sentir; y de manera tan convincente que se queden callados los quisquillosos¹⁴ que contradicen.¹⁵

¹⁴ Los que hacen objeciones mezquinas o innecesarias.

¹⁵ Richard Baxter, *The Reformed Pastor [El pastor renovado]* (Grand Rapids, Mich.: Sovereign Grace Publishers, 1971), p. 117. Publicado en español por Estandarte de la Verdad.

Muy cierto. Afortunadamente, Dios no le ha pedido que prepare sus sermones o se pare delante de su pueblo dependiendo de su propia fortaleza (Ef. 6:10). La Biblia dice que la persona que sirve, cualquiera que sea su capacidad, deberá hacerlo mediante el poder que Dios le proporciona. En 1 Pedro 4:11 leemos:

Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, *ministre conforme al poder que Dios da*, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

¿Cómo se puede enseñar «conforme al poder que Dios da»? Es necesario ver que el poder es algo que Dios da, usted no tiene que fabricarlo por su cuenta. La manera de acceder a ese poder es por medio de la oración (Lc. 21:36).

Antes de enseñar, pido a Dios que me llene con el poder de su Espíritu Santo. Le declaro que quiero ministrar con el poder que Él provee (Zac. 4:6). Le confieso que aparte de Él, no puedo hacer nada (Jn. 15:5). Oro pidiendo su ayuda. Oro por visión. Oro por humildad, valentía, amor y para que recuerde bien lo que he estudiado. Oro pidiendo que me dé un mensaje claro para comunicar lo que Él quiere que yo proclame. Le pido que su pueblo resulte «edificado, exhortado y consolado» (1 Co. 14:3). Oro para que los perdidos se salven. Le doy gracias por el privilegio de pararme frente a su pueblo para enseñarle.

Entonces, confío en el Señor. Recuerdo que Él ha prometido que nunca nos dejará cuando salimos a enseñar y a hacer discípulos (Mt. 28:18-20). Luego, me acerco al púlpito y confío en que Dios va a bendecir la predicación de su Palabra (Is. 55:10-11). Incontables veces he sentido que mi debilidad se convertía en fortaleza porque Dios escuchó mi oración y respondió de acuerdo a su voluntad.

Ahora bien, contar con el poder del Espíritu Santo no quiere decir que los que se acercan al púlpito pueden relajarse en su preparación. Y esto me lleva a mi siguiente punto.

6. Trabajo duro en la predicación y la enseñanza.

*«Es nuestro deber y nuestro privilegio gastar nuestra vida para Jesús. No somos especímenes vivientes en preservación, sino sacrificios vivos, cuyo destino es ser consumidos».*¹⁶

C. H. SPURGEON

Se cuenta la historia de un pastor que nunca se preparaba durante la semana, de modo que el domingo por la mañana, mientras la iglesia cantaba, él se sentaba en el estrado, orando con desesperación: «Señor, dame tu mensaje. Señor, dame tu mensaje». Cierta domingo, cuando clamaba a Dios por su mensaje, escuchó al Señor que le decía: «Rafael, aquí está mi mensaje: ¡Eres un perezoso!». ¡Ay!

A la hora de estudiar, preparar sermones y enseñar, resista la tentación de la pereza. La Biblia manda: «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que *trabajan* en predicar y enseñar» (1 Ti. 5:17). Téngalo muy en cuenta. Nosotros, los que enseñamos la Palabra de Dios, debemos ser muy diligentes. Y por una buena razón. Dios es digno de nuestro mejor esfuerzo. Somos siervos que trabajan para el más amoroso y compasivo Maestro imaginable: nuestro Padre Celestial que nos ha librado del reino de las tinieblas. En respuesta, ¿cómo podríamos ser negligentes en la tarea a la que nos ha llamado? Bueno, ¡no lo haremos! Con mucho gusto trabajaremos duro para Él.

Charles Spurgeon trabajaba a menudo dieciocho horas al día. David Livingstone, el famoso misionero en África, le preguntó una vez:

—¿Cómo te las arreglas para hacer el trabajo de dos en un solo día?

A lo que Spurgeon respondió:

—Te olvidas de que somos dos en la tarea.¹⁷

¹⁶ C. H. Spurgeon, *Lectures to My Students [Discursos a mis estudiantes]* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1954), pp. 156-157. Publicado en español por Casa Bautista de Publicaciones.

¹⁷ Eric W. Hayden, «Did you know?», *Christian History Magazine*, núm. 29, 1991, pp. 2-3.

Dos en la tarea: el predicador y el Señor. Pablo en 1 Corintios 3:9 declara: «Somos colaboradores de Dios». Usted no se encuentra solo en su ministerio. Pablo dijo: «Trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí» (Col. 1:29).

Si asume con pereza su llamado como maestro y piensa: «Bueno, voy a confiar en que el Espíritu Santo me va a ayudar», en realidad se está apartando de lo que la Biblia señala que va a caracterizar la vida del maestro honorable: trabajo duro. La predicación más fructífera es el resultado del Espíritu Santo obrando a través de hombres que «trabajan duro» (cp. 1 Co. 15:10; Col. 1:29).

Algunos, cuando deben preparar un sermón, han usado Mateo 10:19-20 al tratar de justificar su actitud de «Voy a confiar en el Señor para que hable por medio de mí». En ese pasaje, Jesús dijo:

No os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt. 10:19b-20).

¿Estaba Jesús aquí acreditándonos para que descuidemos el estudio y que simplemente confiemos en Él cuando llegue el momento de enseñar? No. Veamos el pasaje en su contexto. Vamos a empezar de nuevo en el versículo 16. Jesús instruyó a sus discípulos:

He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt. 10:16-20).

Note el contexto. Jesús previno: «Porque os entregarán». ¿Quién iba a entregar a los discípulos? Los lobos, los enemigos del evangelio. ¿Para qué serían entregados los discípulos? Para ser azotados (10:17) y

llevados ante los concilios (tribunales) y ante los gobernadores y reyes. Jesús hablaba de cuando tuvieran que presentarse ante los tribunales de justicia, *no delante de la iglesia*, no de grupos en las casas, etc.

Al ser entregados para que los azotaran y los llevaran ante los gobernadores, los discípulos no tendrían tiempo para preparar su defensa. Sería *entonces* cuando el Espíritu Santo les daría las palabras necesarias e incluso la audacia de compartir sus testimonios (10:18).

Las palabras de Jesús no llevaban la intención de aliviarle la carga a la persona que es demasiado perezosa o satisfecha en sí misma como para trabajar duro y prepararse con diligencia para enseñar. Si un hombre piensa que subir al púlpito solo es asunto de improvisar y confiar en el Espíritu Santo, va a descubrir muy pronto que, por lo general, no es así como trabaja el Señor. La Biblia es clara. Trabaje duro (1 Ti. 5:17) en la predicación y la enseñanza, y confíe en el poder del Espíritu Santo, mientras lo hace.

